

EL MANIERISMO EN NUEVA ESPAÑA: LETRAS Y ARTES

Por Jorge Alberto Manrique

Hacia la octava década del siglo xvi se hace muy sensible en la Nueva España una serie de cambios fundamentales —síntomas de los cuales podrían rastrearse quince años antes— en lo estructural y en la cultura, que cancelarán la Nueva España de la Conquista y de la Evangelización y abrirán una nueva serie de posibilidades al país. Entre las alteraciones de estructura pueden enumerarse esquemáticamente las siguientes:

La Conquista, el gran hecho militar, ha quedado definitivamente atrás. No hay, hacia la tercera década del siglo, más conquista que hacer en la región de altas culturas de Mesoamérica: queda sólo la difícil, penosa, lenta y mucho menos brillante penetración hacia el norte, en tierras “chichimecas”.¹ El hombre de guerra empieza a ser una especie extinta, como lo dirá un soneto satírico de fines de siglo: “niños soldados, mozos capitanes...”

La gran obra evangelizadora también ha concluido. Para bien o para mal, con mayores o menores defectos, es un hecho que para la octava década del siglo son cristianos todos los indios del centro de México. También aquí queda sólo la difícil y reticente evangelización del norte, que llevará trabajosos siglos y en la que se emplearán métodos necesariamente muy diferentes. Concluida la evangelización, las tres grandes órdenes mendicantes sobre cuyos hombros había recaído el peso (franciscanos, dominicos, agustinos) quedan en cierto sentido ociosas, y no justifican la gran suma de prerrogativas y exenciones a que fueron acreedores en las primeras décadas posteriores a 1521.

Por su parte la población indígena ha sufrido un descenso vertical y hacia fines de siglo se acerca a su nivel más bajo. Entre las diversas causas que contribuyeron a ese desplome demográfico, la mayor fue sin duda la serie de asoladoras plagas (*cocoliztli*, *matlazáhuatl*) que se cebaron en ella —sin afectar a la población europea— desde mediados de siglo, pero especialmente en las décadas de los años setenta y noventa. Puede dudarse de los exagerados datos que dan los historiadores de la escuela de California, pero no del abrumador testimonio de las cróni-

¹ María del Carmen Velázquez. *Establecimiento del Septentrion de la Nueva España*. México, El Colegio de México, 1973.

cas.² No pocos pensaron que los indios se terminarían completamente, como en las Antillas. Es claro que la "ociosidad" de las órdenes monásticas está también en relación con este desplome demográfico, así como lo está la crisis de la encomienda.

La encomienda, el sistema semiseñorial que se impuso en los primeros tiempos (protección física y religiosa por parte del encomendero, tributo y servicios por parte de los encomendados) empieza a ser ineficiente por la disminución de la población. Hay una verdadera crisis de mano de obra. La producción de la plata baja también. Cada vez viene más gente de España, y cada vez es más difícil hacerse de las rápidas fortunas de los primeros años.

A todo lo anterior se suma y combina una nueva actitud de la Corona. Espantada de las grandes prerrogativas dadas a las órdenes, y del poder local que pudieran reunir los encomenderos, intenta a toda costa afianzar su poder por medio de los órganos centrales. Tratará de debilitar a las órdenes apoyando a los nuevos obispos regalistas, y de eliminar a los encomenderos por la limitación de las encomiendas a una o dos vidas y no cumpliendo nunca el prometido "repartimiento general de la tierra". Virrey, corregidores y alcaldes mayores saldrán favorecidos.

Todos estos fenómenos son, de alguna manera, muestra de que se está cancelando el que podríamos llamar "primer proyecto de vida" de la Nueva España, que suponía una especie de república teocrática de indios neófitos, dirigida por frailes y guardada por la fuerza de los señores de la tierra, cuyo fin teórico sería realizar en América la soñada república cristiana que se había mostrado tan defectuosa en Europa. A ese proyecto se sustituye un "segundo proyecto", consistente en no intentar realizar en América un fin más allá del europeo, sino simple y llanamente rehacer Europa en América: hacer de América otra Europa, de Nueva España otra España.³

*

Para esas décadas finales del siglo xvi se da en México una generación de hijos y nietos de conquistadores y primeros pobladores, quizá la

² Para una apreciación contraria a los datos alcanzados por Woodrow Borah, Sherbune Cook y Lisley Simpson, cf. Ángel Rosemblat: *La población de América en 1492*. México, El Colegio de México, 1967, y el comentario de Bernardo García en *Historia Mexicana*, xvii: 1 (65) (jul.-sep. 1967).

³ Edmundo O'Gorman: *Reflexiones sobre el criollismo*. Discurso de ingreso a la Academia de la Lengua. México, Condumex (Centro de Estudios Históricos), 1967.

primera generación que puede con corrección llamarse *criolla* (en el sentido espiritual que el término implica). Estos novohispanos, estos criollos, están hechos de muy otra madera que sus padres y abuelos. Ya no tienen, como aquéllos, tareas apremiantes que cumplir: no hay ya pueblos que conquistar, mares que descubrir, gentiles que cristianizar, ciudades que fundar. No son estos nuevos hombres gente de acción, continuamente trasegada, sino gente estable, citadina, culta a menudo, dilapidadora cuando se lo permite la fortuna heredada.⁴ Gozan la ciudad, se enorgullecen de ella y desprecian en cambio la rudeza rural: "pueblos cortos y chicos todo es brega..." dirá Bernardo de Balbuena, haciéndose eco de sus contemporáneos.

Quizá la nota más característica del novohispano de finales del siglo xvi sea su espíritu reflexivo. Incapaz de la acción, inseguro, dudoso, se concentra en la reflexión. Se pregunta por su pasado inmediato y por su presente, por su circunstancia, por su futuro y por la naturaleza de su ser. Ensayea respuestas constantemente. Ve hacia atrás y añora el pasado épico de la Conquista, la gran empresa evangelizadora; se siente mutilado por no ser capaz de tantas y tales acciones, pero simultáneamente aguza el ojo crítico y empieza a dudar de la validez de aquellas obras.

No puede dudar de la bondad de la Conquista como hecho guiado y dispuesto por la mano de la Providencia, pero sí empieza a dudar de la calidad y de la rectitud de quienes la llevaron a cabo. Francisco de Terrazas, el primer poeta épico mexicano, el "ingenio soberano" que dijera Miguel de Cervantes, el "Fénix solo, único desde el uno al otro polo" según su contemporáneo José de Arrázola, lanzaría, en su *Conquista y Nuevo Mundo*, la sombra sobre la rectitud de Hernando Cortés:

que se adivina en vos alguna culpa,
culpa que ya jamás tendrá disculpa⁵

y otro tanto hará, entre muchos otros, el resentido cronista Baltasar Dorantes de Carranza (que al hacerlo, digamos de paso, daba nuevo sentido a las acusaciones de fray Bartolomé de las Casas): "porque predicar el Evangelio con la espada en la mano y derramando san-

⁴ Jorge Alberto Manrique. "Reflexión sobre el manierismo en México". *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, 40 (México, UNAM, 1971).

⁵ Joaquín García Icazbalceta. *Francisco Terrazas y otros poetas novohispanos*. Madrid, José Porrúa Turanzas, 1962 (Col. Tenanitla).

gre, es cosa tan temerosa que parece acá, al juicio humano, que sus descendientes van haciendo penitencia desta soltura..."⁶

Hombres, los que nos ocupan, pasados a menudo por la Universidad o por los grandes colegios jesuitas, picados de culteranismo, preocupados por estar al día en lo que a letras, cultura y arte se refiere, con frecuencia "latinos" y "toscanos", toman por modelo la cultura manierista que se impone en la Europa de la segunda mitad del xvi. La cultura manierista que define al europeo inseguro, escéptico a veces, dado a lo exótico y a lo ambiguo, desconfiado frente a una realidad que reconoce inaprehensible,⁷ se acomoda sin dificultad a los criollos, que por razones particulares y locales son también los reflexivos inseguros, dudosos frente a su futuro y necesitados de definirse y definir su lugar en el mundo. Si todo el poema épico de *El Bernardo* de Bernardo de Balbuena escrito hacia los finales del siglo, es una obra cabalmente manierista, en algunos trozos tal cualidad se da todavía como decantada, como en éste del canto xi:

Todas las cosas que en el mundo vemos,
cuantas se alegran con la luz del día,
aunque de sus lenguajes carecemos,
su habla tienen, trato y compañía:
si sus conversaciones no entendemos
ni sus voces se sienten cual la mía,
es por tener los hombres impedidos
o coloquios tan graves los oídos.

.
Mas aquel que por suerte venturosa
y favorable rayo de su estrella,
la voz de esta armonía milagrosa
libre de imperfección llega a entendella,
al cuerpo la halla y alma tan sabrosa
que —a todas horas ocupado en ella—

⁶ Baltasar Dorantes de Carranza. *Sumaria relación de las cosas de Nueva España, con noticia individual de los conquistadores y primeros pobladores españoles*. México, Imprenta del Museo Nacional, 1902, p. 17. Para esto y lo anterior, véase J. A. Manrique: "La época crítica de la Nueva España a través de sus historiadores", en *Investigaciones recientes sobre historiografía mexicana*, Actas de la III Reunión de historiadores mexicanos y norteamericanos (Oaxtepec, 1969). México, UNAM-University of Texas, 1971.

⁷ Hauser: *Mannerism, the Crisis of Renaissance and the Origin of Modern Art*. Londres, Routledge & Kegan, 1965.

a sólo su feliz deleite vive
y de otra cosa en nada le recibe.

(xi: octavas 154 y 160)

Si es la forma manierista la que se avino a las necesidades espirituales de los criollos mexicanos de finales del siglo xvi o principios del siguiente, los temas, muy a menudo, se refieren a la realidad local. Desde luego y en primer lugar la épica, iniciada por el citado Francisco de Terrazas y su *Conquista y Nuevo Mundo*, seguida del *Peregrino indiano* de Antonio de Saavedra Guzmán, impreso en 1599, y de Gaspar Pérez de Villagrà con su *Nueva México* y Arias de Villalobos con el *Canto intitulado Mercurio*.⁸

Otra vena central es la descriptiva de ciudades y paisajes, desde Juan de la Cueva en su *Epístola*, Eugenio de Salazar en la suya a Herrera, para culminar con el inmenso poema de Balbuena, la *Grandeza mexicana*, que al mismo tiempo que describe deleitosa y parsimoniosamente, lo hace conservador un peligroso equilibrio entre el "decoro" a lo clásico y el valor de una figura a veces ya casi barroca.

El sevillano Mateo Rosas de Oquendo, avecinado en México y más propiamente "vaquiano",⁹ lírico y melancólico en algunas descripciones de paisajes (como el *Indiano volcán famoso*) es mucho más conocido por su sátira, en que hace un pintoresco retrato de caracteres y costumbres, como este trozo, donde pinta al "Interés" como un elegante mozo novohispano:

Es un mancebo galán,
talle corto y calza larga;
de oro y brocado se viste,
aforrado en finas martas.
Valiente, sabio, discreto,
tañe, baila, danza y canta,
requiebros brota y produce,
aunque no habla palabra . . .¹⁰

⁸ Sobre Terrazas, cf. nota 5; Saavedra Guzmán: *El peregrino indiano*. México, 1880; Villagrà: *Nueva México*, cf. nota 6 y Alfonso Méndez Plancarte: *Poetas novohispanos*, vol. I. México, UNAM, 1942 (Biblioteca del Estudiante Universitario, 33); Villalobos: *Canto intitulado Mercurio*, México, 1623 reeditado por Genaro García en *Documentos para la historia de México*.

⁹ "Gachupín" era el peninsular recién venido y ajeno a la tierra; "vaquiano" era el no nacido en México, pero que se había asimilado en su estancia, y se acercaba más al criollo.

¹⁰ Méndez Plancarte: cit. en nota 8, pp. 118-119.

Y desde luego en la sátira no deja de aparecer el encono contra el gachupín —el peninsular, recién llegado a México— como lo muestra este soneto anónimo:

Viene de España, por la mar salobre
a nuestro mexicano domicilio
un hombre tosco, sin ningún auxilio,
de salud falto y de dinero pobre.

Y luego que caudal y ánimo cobre,
le darán en su bárbaro concilio
otros como él, de César y Virgilio
las dos coronas de laurel y robre.

Y otro que agujetas y alfileres
vendía por las calles, ya es un conde
en calidad, y en cantidad en Fúcar;

Y abomina después el lugar donde
adquirió estimación, gusto y haberes:
y tiraba la jábega en Sanlúcar!¹¹

Un rasgo central de las letras —y de la cultura toda— de la Nueva España en esos finales del siglo xvi y principios del siguiente es su esfuerzo por recuperar de alguna manera el pasado prehispánico dentro de la propia cultura, como un componente más de la cultura. Esos criollos que necesitan constantemente definirse, y a menudo definirse como diferentes de Europa, acuden al mundo indígena anterior a la Conquista como una manera de afirmación propia.

Desde los días inmediatamente posteriores a la toma de Tenochtitlan se inicia la recopilación de datos de la cultura en eclipse. Lo diferente, para la generación criolla de que ahora me ocupo, es sin embargo que esos datos van adquiriendo para ellos otro sentido; son un punto de referencia, de la misma manera que lo eran los datos del mundo clásico y mitológico. Ciertamente la época manierista es en general proclive a los exotismos, y con este título pueden tomarse los que se descubren en el México de fines del siglo xvi; pero hay ahí algo más explícito, más decididamente buscado, una presencia demasiado frecuente de lo indígena, que de algún modo se trata de fundir con la tradición occidental —aunque obviamente siempre como ansilar.

Los nahuatlismos se introducen a plena conciencia. Balbuena tiene la idea —por lo menos sorprendente— de fijar la residencia del nigro-

¹¹ García Icazbalceta: *op. cit.*, en nota 5.

mante Tlaxcalán, uno de los personajes del *Bernardo* (compañero de Roldán en Roncesvalles), nada menos que en las faldas del Popocatepetl, lo que le da ocasión para describir el paisaje mexicano, y aun para hacer alusiones históricas y autobiográficas. Caso contrario sería el de Eugenio de Salazar, que al describir la laguna de México inventa —para explicar el fenómeno geográfico— una fábula cuyo protagonista es Neptuno. Se transita libremente entre la antigüedad clásica y el mundo prehispánico americano.

Don Fernando de Alva Ixtlilxóchitl traduce a liras castellanas algunos poemas de su tatarabuelo, el rey tezcocano Nezahualcóyotl, y al hacerlo los torna comprensibles (y no sólo en sentido literal) para el mundo occidental, del que él mismo participa:

... Y tú, querido amigo,
goza la amenidad de aquestas flores;
alégrate conmigo,
desechemos las penas, los temores;
que el gusto trae medida,
por ser al fin con fin la mala vida
.
.
.
Ojalá los que ahora
juntos nos tiene del amor el hilo
que amistad atesora,
viéramos de la muerte el duro filo.
porque no hay bien seguro:
que siempre trae mudanzas lo futuro.¹²

Pero mucho más explícita es su empresa en su obra histórica, en la cual reinventa, como lo ha mostrado O'Gorman, a partir de códices y crónicas antiguas, una visión coherente del pasado glorioso del reino de Tezcoco, en donde su antepasado Nezahualcóyotl se adorna con rasgos de Salomón y de César.¹³ No es el único, Torquemada en su *Monarquía indiana*, y otros menos plenamente, como Dorantes de Carranza o Muñoz Camargo, incorporan las glorias indígenas en una visión que pretende ser coherente y a manera del hombre culto de la época.

En el gran arte monástico de la evangelización de México campea un sentido de inconsciencia. Es un arte que toma a saco sus modelos de

¹² Méndez Plancarte, cit., en nota 8, p. 142.

¹³ Fernando de Alva Ixtlilxóchitl: *Nezahualcóyotl Acolmiztli*. Selección de textos y prólogo por Edmundo O'Gorman, México, Gobierno del Estado de México, 1972.

donde puede, y casi sólo puede hacerlo de grabados de libros. En el cual la lectura de los modelos es a menudo defectuosa, porque generalmente se encomienda a quienes no tiene el ojo educado en las convenciones europeas, como es el caso de los indios. Que cuando no tiene modelo a mano inventa lo que necesita. Arte de la acción, de la eficacia, donde importa sí la grandiosidad, pero no la corrección.

Ese arte de conventos, fortaleza, de escultura *tequitqui*, tan personal y tan libre y tan despreocupado (que esas son sus cualidades mayores), empieza a ser desplazado, en las tres últimas décadas del siglo xvi, por otro, incubado en las ciudades. Éste es el arte manierista, que procede ya no de grabados caídos por fortuna en manos de frailes, sino de libros de perceptiva, y de maestros europeos que poco a poco han ido acercándose en las ciudades de la Nueva España, a veces venidos en las cortes de los virreyes o atraídos por la riqueza de la ciudad.

Como las letras, las artes plásticas también tienen por principio, en ese momento, un prurito de corrección. América, también en ese aspecto, desea ser otra Europa. No es posible muchas veces encontrar ningún rasgo diferencial entre una portada, un cuadro o una escultura ejecutada en México y otra ejecutada en España en esas décadas finales del siglo xvi. El manierismo otra vez, con su inicial preocupación por las reglas y con sus posteriores avances formales por la vía de lo expresivo, campea también en esos terrenos. La primera generación del siglo xvii, sin embargo, quedará desligada de su fuente europea. Siendo la Nueva España para entonces en cierta forma autosuficiente en su producción artística, dejan de pasar a México maestros europeos y dejan de importarse obras; o por lo menos el fenómeno se reduce notablemente. Abandonados a su suerte, los talleres locales tendrán que atenerse a sus propios recursos e iniciarán su propio camino hacia el barroco. Dejarán sin embargo una base y una continuidad local que aceptará las novedades venidas de allende el mar siempre con reticencia.

Lo que aquí me importa señalar es que también en el aspecto plástico puede reconocerse la intención de incorporar el pasado prehispánico a la cultura propia, como un elemento integrante. Rematando el gran retablo de la iglesia del convento franciscano de Tlaxcala está un cuadro anónimo, seguramente de principios del siglo xvii, que representa el bautismo de los señores de Tlaxcala apadrinados por Cortés. Pero mucho más explícito que ese tipo de obras es el caso de la decoración de la Casa del Deán De la Plaza, en Puebla. Ahí, como lo ha observado cuidado-

samente Erwin Walter Palm¹⁴ en frescos de finales del siglo xvi se muestran los *Triunfos* del Petrarca, y entre ellos animales emblemáticos que los acompañan y hacen explícitos; algunos son emblemas dentro de la tradición clásica antigua, bíblica, o de hermenéutica medieval; otros, en cambio, son emblemas tomados de la tradición náhuatl, ya sea que se trate de animales americanos, como el tlacuache, ya que se trate de animales de ambos mundos pero cuya connotación simbólica se refiere a la cultura náhuatl. No es posible imaginar que en un programa tan coherente y bien concebido hubiera podido colarse un atrevimiento de ayudante poco vigilado. Es indispensable entender que el autor culto del programa quiso deliberadamente incluir esos animales emblemáticos y compaginarlos con los propios de la tradición occidental. De la misma manera, los frescos de la iglesia de Ixmiquilpan muestran águilas —emblema de México-Tenochtitlan— coronadas con el *copil* o diadema de los reyes mexicanos, y en un mundo de grutescos romanos, indios ataviados a la usanza antigua y centauros que portan huaraches o sandalias mexicanas; tampoco aquí, aunque el simbolismo de la decoración no ha sido suficientemente explicado, puede suponerse un “descuido”, sino un partido intencional y definido.

Menos explícitos, pero no poco inquietantes son los personajes vestidos a la indígena, con “tilmas”, que acompañan a San Bernardino en su relieve central de la iglesia de Xochimilco; o los personajes indios que se encuentran junto a la Virgen de la Asunción en un relieve de Milpalta. En ambas obras, de principios del siglo xvii, pudiera tratarse de los caciques lugareños puestos a guisa de donantes, pero también pudiera tratarse de una simbología más profunda, que pretendiera acercar el mundo de los neófitos a los grandes misterios cristianos, en ese afán de fundir tradiciones, que parece haber estado presente en la cultura mexicana de los finales del siglo xvi y los principios del xvii.

La cultura de la Nueva España, en las últimas décadas del siglo xvi y los principios del xvii ha abandonado los modelos indiscriminados de las décadas anteriores; se preocupa por seguir cuidadosamente los modelos que le propone el manierismo europeo, con cuyo espíritu coincide en más de un aspecto (así sea por circunstancias diferentes). El mundo de los criollos novohispanos encuentra en las formas manieristas, tanto en las letras como en las artes, un medio adecuado para expresar su

¹⁴ Erwin Walter Palm: “El sincretismo emblemático en los triunfos de la Casa del Dean en Puebla”, en *Retablo barroco a la memoria de Francisco de la Maza*. México, UNAM, 1974 (Instituto de Investigaciones Estéticas).

desasosiego, su insatisfacción, su duda, su necesidad de definirse. En este último sentido halla modo de recuperar, con un nuevo sentido, el pasado anterior a la Conquista, y de insertarlo en las formas culturales atildadas que le son propias. Al hacerlo puede tener ese pasado indígena como un punto de referencia tan válido —aunque a escala ciertamente menor— como puede serlo el pasado grecolatino, el bíblico o el medieval. Lo que es, en cierto sentido, una manera de dar cuenta de sí mismo.